

Un encuentro con Manuel Álvarez Bravo en Arles y su Colección para la Fundación Televisa

Marcos Zimmermann

Conocí a Manuel Álvarez Bravo en el Festival de Arles de 1980. Por aquél entonces yo vivía en Roma y pasaba mi vida fotografiando el viejo mundo que, para mí, resultaba completamente nuevo. Allí aprendí gran parte de la mirada fotográfica que desarrollé posteriormente en la Argentina, mi país. Aunque también allí sentí en carne propia la sensación de desarraigo que produce vivir solo en un país ajeno.

Durante ese tiempo romano de *flâneur* solitario, lo que me sostuvo fue la convivencia con mis vecinos. Los saludos matinales efusivos de los *pasticcieri* de al lado, las conversaciones con los gomeros de la esquina, las historias de superstición de la planchadora de la otra cuadra, o los relatos de guerra del carpintero del barrio llegaron siempre a tiempo para detener mi salto al Tevere. A veces, Natale, el portero de mi edificio, se acercaba con una fuente de frutas hasta el pequeño garaje del *cortile*, donde vivía, para intentar consolarme por mi soledad. Otras, Agnese me invitaba a nadar desnudo a Sperlonga, Michele y Julio me enseñaban los secretos de Caserta, o un soldado de Manfredonia y otro de Crotone, cuyos nombres ya no recuerdo, me alegraban el fin de semana alternativamente.

A aquel festival de Arles, llegué, también, solo. Me alojé en el Hotel d'Arlatan y a la mañana siguiente bajé a desayunar. Como casi todos los que estábamos allí, llevaba conmigo un portafolio con mis fotos más preciadas: las últimas series europeas y un pequeño ensayo que había tomado en un viaje realizado un mes antes por la Argentina. Durante ese viaje había intentado, por vez primera, fotografiar el interior

de mi país. La suerte quiso que en la provincia de Corrientes me topara con una *bailanta*, a la que me sumé para poder fotografiar. Ya un poco entrada la noche, los hermanos Karlen, dueños del aserradero donde se desarrollaba la *bailanta*, me ofrecieron llevarme al obraje que tenía en una isla, aguas arriba del Paraná. Allí podría seguir haciendo fotografías. Partimos al día siguiente en una pequeña lancha y llegamos hasta un pequeño paraje salvaje, donde el rancho de adobe donde dormíamos se hallaba rodeado de una jauría de monos carayá que aullaban a la luna como leones y volvían más que inquietantes las noches. Fotografíé el sitio sin parar y retornamos al pueblo tres días después.

Partí del lugar lleno de imágenes entrañables. Apenas tomé la ruta hacia Buenos Aires y se hizo de noche, se me adelantó un camión. No sé bien por qué motivo, tomé rápidamente la cámara de la guantera y saqué una fotografía a través del parabrisas, de ese camión desde atrás, en medio de la ruta nocturna. La misma que decidí incluir al final de aquel portfolio sobre el litoral argentino que llevé a Arles.



Marcos Zimmermann, *Camión, Corrientes* (1980)

Con su rostro afable y su voz dulce, don Manuel se me acercó aquella mañana hasta la mesa del hotel d'Arlatan donde yo desayunaba y me preguntó si me gustaría

mostrarle mi portfolio. Lleno de emoción me senté con él en unos sillones de una sala. Miró mis fotos, una por una, pero cuando llegó a la del camión se detuvo. Me explicó entonces que estaba iniciando una colección para la Fundación Televisa y que le gustaría comprarme esa fotografía para incluirla. Me lo dijo mirándome fijo. Y en su mirada me pareció que había visto algo en esa foto que, en ese entonces, no pude comprender.

Creo que fue esa, en Arles, su primera elección para la colección. Tengo ese orgullo que, hasta hoy, mantuve en secreto. Pero, sólo años más tarde, hice un descubrimiento aún más abismal. En esa fotografía, don Manuel había adivinado mi futuro de fotógrafo trashumante. Había visto los kilómetros que recorrí, años más tarde, intentando captar los rasgos de mi país que se hallan escondidos en sus paisajes y en sus rostros. Las imágenes que hacen de la Argentina una nación. Algo que sólo el candor y la pasión de la mirada de don Manuel fue, anticipadamente, capaz de vislumbrar.